

EL ESPECTRO

Por Juan Carlos Pino Correa

Departamento de Comunicación Social

Universidad del Cauca

jcpino@unicauca.edu.co

jcpino1968@hotmail.com

"Si de tierras hermosas retorno,
¿qué traigo? ¡Me cegó su resplandor!
Las manos desnudas, rudas, nada,
no traigo nada: traigo una canció
Aurelio Arturo

RESUMEN: Este texto narra la visita de un personaje a Caquiona, en el Nudo de Almaguer, Cauca, con el fin de conocer el funcionamiento de una radio indígena, Wayra Llayta Yanacuna y, de paso, ser testigo de las reacciones de los indígenas ante la "corrección" dictada por una Asamblea de juzgamiento. La narración es un testimonio de recuperación de la identidad cultural perdida.

1. La llegada

Ahora que llegaba de nuevo, recordaba que hacía seis días la voz niña de Isabel Sofía había preguntado: "¿cuánto falta para llegar?". La mañana estaba clara y radiante entonces, pero aquella curiosidad la hacía más luminosa. Yo, como ella, quería llegar pronto pero no por el cansancio del viaje en una larga carretera sin asfaltar sino porque desde que tenía memoria había escuchado hablar de aquel pueblo y bien podría decir que casi me avergonzaba no conocerlo. Cada sábado, entre el bullicio del mercado arcoirisado de Almaguer, alguien decía: "esa es la chiva que va para Caquiona", o en cualquier momento esas tres sílabas sonoras saltaban desde cualquier boca con el dejo inconfundible de las gentes del Sur del Cauca. Entonces era mi curiosidad infantil, y no la de mi hija, que lejos estaba de existir, la que hacía preguntarme ¿cómo es Caquiona? No sé por qué sabía que tenía una iglesia de torres y campanario tradicional. Acaso por aquello de "a su imagen y semejanza" de los imaginarios religiosos y como consideraba a Caquiona parte de Almaguer, pues...

La voz niña que hacía pocos días había despertado las evocaciones de mis tiempos idos, volvió a escucharse en el recuerdo, ahora que llegaba de nuevo. Y aunque Isabel Sofía se había quedado esta vez en la ciudad no podía evitar pensar de manera insistente que, como ella y sus ganas de saber, la mañana de hoy también era luminosa.

2. El verde y las montañas

Jorge dijo: "el esplendor de estos paisajes es que nos hace ser montañeros y no hay mar que supere esta belleza". El término, entonces, no fue ni por pienso despectivo, como podría haberse entendido en cualquier ciudad. Esta palabra aquí era hidalga y transparente, era un halago, una nostalgia diluida, una verdad irrefutable, una declaración de principios. Yo miré entonces con más atención la magnificencia que me rodeaba: aquí "el verde es de todos los colores", pensé, recordando a Aurelio Arturo, mientras me deleitaba con el azul verdoso de la lejanía, con el verde oscuro de las hondonadas, con el verde claro de los campos donde se posaba el sol, con el verde grisáceo del eucalipto, con el verde intenso del prado cercano, con el verde escaqueado de las parcelas desiguales, con el verde menos biche de los linderos, con el verde casi amarillo de los maizales o de los potreros distantes, con el verde difuso que silueteaba el beso a los cielos, con el verde camaleónico de los árboles que juntos forjaban comunidades entrañables e ignotas. Y viendo aquello imaginaba también el verde de los frutos diversos que desde aquí no veía. De todos esos verdes estaba hecha la montaña imponente. Y en su semblante estaba tatuado el entramado pardo de los caminos por donde han trasegado desde siempre, en el día y en la noche, los pasos cobrizos de hombres y mujeres con sus alegrías e ilusiones, con sus dolores y desesperanzas, con sus miedos y expectativas, de la misma forma que han trasegado los fantasmas cuyos rostros están hechos de gestos de angustia y resignación, de maldad y desencanto, de horror inefable.

¿Qué otras vidas habría en la piel mutante de aquellos colores, en la tierra que los sostenía, en el agua que silenciosa y limpia los alimentaba por dentro y por fuera? El verde y la vida que había en las montañas y en todo lo que ellas contenían, en todo lo que ellas significaban, eran parte de lo que yo sentía y pensaba. Y, en esencia, hacían parte de todo lo que no sólo a mí me enorgullecía desde siempre.



3. De inquietudes y misterios

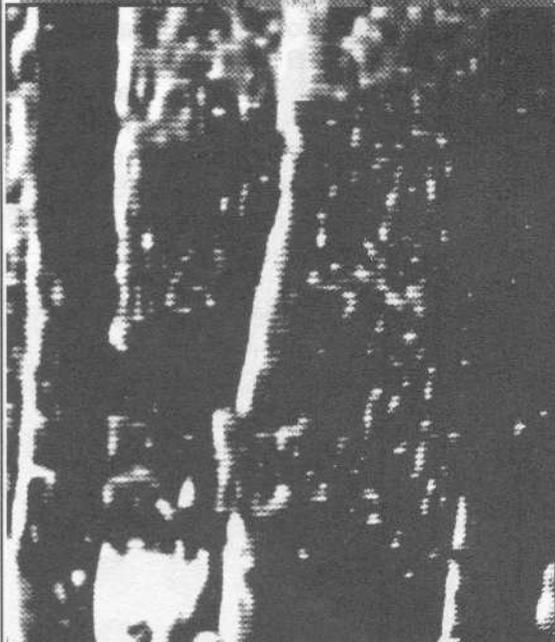
Después de un recodo en la carretera, el pueblo apareció abajo. Por sobre los tejados pardos, destacaba la iglesia con sus dos torres en punta de cruz. Y al pisar las calles me asaltó la misma pregunta de la primera vez: ¿cuándo pasó alguien por este frío para dejar la huella imperecedera de una fundación? Muy pocos en el pueblo lo sabrían, pero es muy probable que haya sido antes de que Sebastián Inca de Salazar cediera el terreno que en 1700 la Real Audiencia de Quito destinó para el amojonamiento de Santa María de Caquiona. Desde entonces el pueblo habría cambiado poco y de aquello no quedaba duda, aunque yo no tuviera aquí la impresión de un ambiente rulfiano como lo había sentido una mañana lluviosa en Santa Rosa (una niña contemplando inerte desde una ventana el páramo sin fin) o un anochecer de hielo en Valencia (cuando las cobijas sin calor evocaban algún castigo injusto que no apaciguaba ni siquiera el correr cercano y rumoroso del Caquetá impúber). Había cambiado poco porque lo que sí percibía era el hábito de otros tiempos posado en sus casas y en sus calles y en la iglesia de fachada crema y terracota. Y percibía muy intenso ese hábito en el caserón verde y blanco contiguo que estaba cerrado y semejava a un dinosaurio moribundo. Si esa puerta se hubiera abierto ahora de par en par no habríamos encontrado el misterio de una Emily como la de Faulkner, pero en cambio habría podido erizarnos la piel algún espanto friano para quien las muertes nada significan. O lo son todo. Por eso la inquietud en el bufido fantasmal que salía de las torres de la iglesia también cerrada y que se repetía incesante como una provocación, como un presagio nefasto, como un guiño macabro. Y entonces nuestras miradas subían del portalón central al campanario, y a las cruces, y descendían raudas luego a las puertas laterales, y ascendían ahora a las escaleras en el tejado, y bajaban a la esquina. Y nada había. Nadie existía. Y el grito hondo repitiéndose en aquel mediodía palpable y cierto, recorriendo las calles recién adoquinadas o las nunca atendidas. Y entre la brisa fría aquel sonido no se hizo uno con la música alegre que salía de las casas -la misma canción aquí y allá, y en la otra esquina, y en el restaurante donde hay minutos, y en la tienda igual a todas las tiendas de todos los pueblos-. La sensibilidad de un trovador habría vislumbrado un duelo sin maldad en el aire fresco y transparente de esta tarde recién nacida: el instante lleno de acordes y de voces ciertas y voces difusas, no siempre humanas, desplazándose mutuamente ante los testigos expectantes que éramos. Pero los ruidos de la ciudad atrofian los sentidos y cuando llegamos a Wayra Llajta Yanacuna, al final de alguna calle empinada, un respirar ahogado era todo lo que podíamos ser.

4. Waira Llajta Yanacuna

Aires del pueblo yanacuna. Así se llama la emisora que "por derecho propio" tiene asiento en Caquiona. Los pobladores dicen que ganaron la sede en franca lid, en una especie de expedición de conquista que la comunidad hizo en Río Blanco en el 2000. Allí debía decidirse cuál de los resguardos albergaría el sueño y la realidad de administrar la emisora que el Ministerio de Comunicaciones había otorgado a esta etnia. Abordaron una chiva, en bandolera las ilusiones de colocar la voz mediada en veredas, chagras y caminos. Y no fue en vano: los tambores, las maracas, la charrasca, las canciones y las danzas sostuvieron ese sueño y lo hicieron posible. Pero desde entonces ha habido cierta orfandad en el recorrido infante de Wayra Llajta Yanacuna. El cabildo mayor con sede en Popayán no se ha apropiado del medio y bien podría decirse que lo ha dejado a su suerte. Es la misma actitud de los otros resguardos pues no les duele una emisora cuya señal no llega por culpa de la distancia o de la topografía. Curioso que así sea pues a diario se reciben en Caquiona llamadas de Nariño y de Putumayo solicitando complacencias o para pautar avisos variados dirigidos a comunidades distantes. "A veces nos toca desconectar el teléfono porque no podemos atenderlo", señaló uno de los gestores radiofónicos. Esas otras audiencias están al sur de estas montañas agrestes y vanidosas, más lejanas que aquellas que desde aquí cerca solicitan también, e indagan y sugieren. "La programación inicial se elaboró con base en encuestas hechas a la comunidad", recuerda insistente Luis Olmos Chicangana, quien coordinó el proceso en los primeros años. Pero, a pesar de los esfuerzos, la orfandad no ha permitido una consolidación de Yanacuna Estéreo, 104.9 FM, como popularmente se conoce a la emisora. Y la falta de recursos no puede suplirse en su totalidad con el entusiasmo de Yeison, Wilber, James, Jesús, Omar, Freddy, José María, entre otros muchos que han querido mantener este proyecto con corazón, por el sólo compromiso con la comunidad y con la etnia. Indistintamente sus voces suenan entre seis de la mañana y seis de la tarde en *Raíces de identidad*, *Amanecer yanacuna*, *Concierto musical* y los otros programas que hoy, cuatro años después de la conquista del dial siguen sosteniendo las ilusiones mediáticas de una parcialidad que sabe reconocerles su entereza.

5. Las palabras deleznable

En tiempos muy lejanos los yanaconas llegaron a estas tierras. Se dice que del Perú y hablando quechua. Y entonces poblaron estas montañas frías y otros lugares de más allá. Gonzalo Buenahora dice en el libro *Historia de la ciudad colonial de Almaguer* que "establecer la etnicidad de los indios de las partes altas y septentrionales del Macizo Colombiano se hace difícil, ya que la conciencia étnica y la lengua o lenguas originales, se olvidaron debido a la temprana evangelización". Sin embargo es difícil no imaginar a los ancestros de los hombres de hoy transitando desde las tierras del Inca por caminos y trochas para establecerse aquí. ¿Qué ilusiones dejaban atrás y qué otras nuevas construirían en cada paso? Tal vez ya traían la ruana para hacerle frente a este frío espectral, a este viento gélido que viene de Papallacta. Tal vez ya hacían sonar con pasión los tambores y las flautas que un día, varios siglos después, servirían para que su voz se multiplicara. Pero antes de que esta voz cabalgara en el aire, se había hecho eco entre el humo y el hollín de las cocinas o al amparo de las tulpas, retumbando cálida y bondadosa en ocasiones, misteriosa en otras, temblorosa o dura en algunas más. Esa voz entonaba historias cotidianas e historias fabulosas y con todas ellas se construía la memoria. Allí las palabras hacían su parte para forjar el carácter de la estirpe y también para hacer efervescente la imaginación. Y entonces frente a los cazadores aparecían venados marcados en la oreja, señal del límite insoslayable, o el cuscungo cantaba visionario desde la copa de un árbol, o aullaban los perros recién entrada la noche, para una muerte inminente, o más allá de medianoche o a la madrugada para un deceso a la vuelta de los días. "Esas son creencias y formas de comunicación que las personas saben leer", dice un lugareño, refiriéndose a aquellos episodios. Y afirma que en la realidad de antes (o acaso en el mito, pienso yo) estaban el cuerno, el humo y los tambores, y aún están el bando con su poder de convocatoria y los alguaciles en su andar cansino para concretar citas y transmitir información. Y presente siempre la voz, aquella instituida desde los tiempos de la colonia, o la ancestral, olvidada en los recodos de los senderos, en la sombra de los árboles o en la penumbra sin memoria de alguna habitación tardía. ¿Para cuántos yanaconas de Caquiona esta voz del hoy que pasa por la garganta no sale de las entrañas? ¿Para cuántos, las voces que escuchan ahora no atraviesan la piel para tocar el alma? Las preguntas surgen porque hay quienes dentro del resguardo lideran la idea de recuperar la lengua que fue de los antepasados como una forma de mantener viva la cultura. ¿Utopía? ¿Nostalgia? ¿Dolor de desarraigo? ¿Resistencia? El mundo sigue y los tiempos de los primeros pobladores están lejanos y distantes. A cambio, hoy quedan otras voces y otras palabras en el aire, como una nueva señal de humo, más explícita quizá, no visual sino auditiva. Un signo transparente de lo que se es y se puede ser. Y no de lo que se fue.



6. El hall de la fama

En la pared del salón de entrada a la emisora, codo a codo se luchan un espacio cantantes de variados géneros y países. Shakira tiene ahí su pinta menos colombiana: el cabello de un rojizo falsario y aquella postura desgarrada y un tanto obscena delineada por la industria cultural y que ahora es la característica más enfática detrás de su tierno rostro de Lolita envejecida. También mira desde arriba la pléyade de melómanos estratosféricos de La Fania, libando aún de su juventud. Y Enrique Iglesias con su pose de cantante virtual. Y Juanes, Darío Gómez y Johnny Rivera. Y los cantantes almaguereños que de su bolsillo ilusorio han grabado sus propios temas. Y muchos más. Alguien radical podría decir que en ese collage no hay identidad, aunque bien cabría preguntarse de qué está hecha ella para que seamos, pensemos y vivamos de una manera y no de otra. Mirando a estos dioses de barro del glamouroso olimpo moderno, me pregunto: ¿cómo se concretan aquí esas imágenes generalmente prefabricadas y bajan a la pared de enfrente y a los bolsillitos de cartulina ubicados en fila debajo de los días de la semana para configurar la parrilla de programación de Wayra Llajta Yanacuna? ¿Y cómo esa imagen metafórica se hace realidad en el dial? Y si hay voces que se sienten ajenas, ¿igual hay músicas que generan desconfianza? O acaso aquí también el arrobo melódico termina, como en las ciudades, perdonándole todo al vallenato empalagoso o al reaggetón con aquellas letras sin talento y sin sentido que impulsan por doquier la liviandad. Y quiero saber cómo, desde el frío de las calles de Caquiona, desde sus casas y chagras y desde sus campos aromados, pasan a la parrilla, al dial y a las ondas, los cantantes de aquí que también sueñan con hacerse oír. Porque el primer día, en una tienda donde buscaba un *cassette*, escuché "*La china que yo tenía*" pero no en la versión original de Jorge Velosa. "Es un grupo de aquí del pueblo", dijo el vendedor cuando le indagué por la canción. Y a la semana siguiente la escuché "en vivo y en directo", en la voz de Audelino Majín, después de escuchar en repetidas

ocasiones la carranga "*Ayer pasé por tu casa*" cuando le hicieron una nueva grabación para que el sonido fuera más limpio. Aún me parece ver a Audelino en el estudio de Yanacuna Estéreo, apretujado entre el micrófono, su guitarra y la pared, mientras Jorge le mostraba al colectivo de la emisora las bondades de las nuevas tecnologías, y María Fernanda, agazapada detrás de una ruana que había hecho suya, observaba con alegría. El rostro entrado en años del artista local se pegaba al micrófono, y su voz, un tanto apagada para ser la de un cantante, resonaba insistente con el estribillo: "...por eso estoy así / por eso estoy enfermo / por eso estoy pegao / por eso estoy enfermo". Y luego la grabación del bajo únicamente, el *master* como guía en los audífonos. Imagino que después se haría lo mismo con los otros instrumentos (la charrasca, los timbales, las guitarras, las maracas), en las tardes o en las noches vivaces de este nudo montañoso de Almaguer. Y ahora no dudo en pensar que así como desde muy cerca fluye el agua de los más importantes ríos del país, también el talento para la música surge espontáneo y sincero, y la flauta travesa se deja escuchar con toda su mística en alguna chirimía o en el acompañamiento de alguna canción o melodía imprevista. ¿Cómo no hacerlo si cada día se está en conjunción con esta cordillera de infinitos secretos y de inefables bellezas? Insensibilidad sería el nombre que tendría esta tierra si sus gentes no se manifestaran así. Al rato, pensando en cómo se hace la música del pueblo me fui a una habitación en busca del calor de las cobijas (que no fuera a ser como en Valencia, deseé) y en mi mente retumbaba aquella melodía de Audelino con su sonsonete pegajoso e intentaba repetir su letra desde esa primera frase de "ayer pasé por tu casa y no estabas" hasta el "por eso estoy enfermo" que se diluía en el silencio final. Y sin poder desentrañar todas las palabras de aquella canción creo que a medianoche me dormí pensando en la insondable inspiración de los compositores locales y en el entusiasmo con que las gentes de todas las edades celebran hoy aquí sus letras y sus acordes.



7. Puntos cardinales

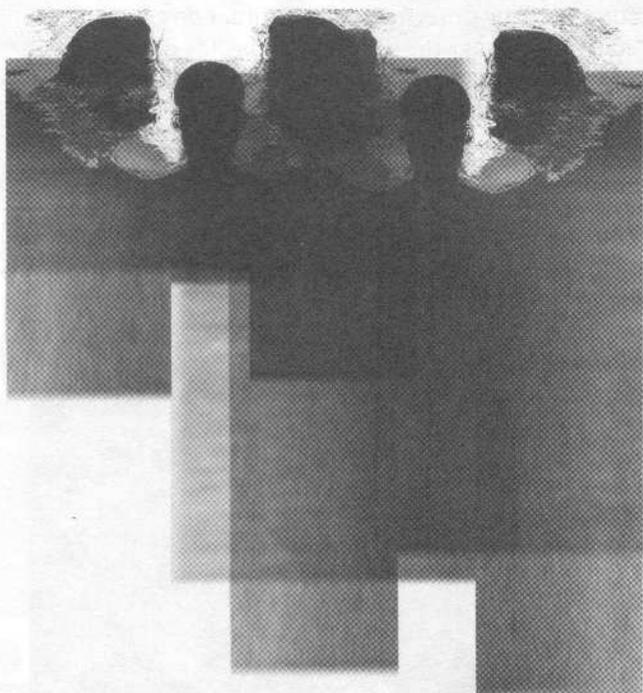
En el Sur se habla mucho de occidente. ¡Qué curioso! Parece como una inevitable maldición, como la herida sangrante que no cicatriza: la música de occidente, la ley de occidente, la lengua de occidente, el vestido de occidente, el baile de occidente, la cultura de occidente. Casi que uno opta aquí por creer que Einstein y su relatividad no existen. Si uno se dejara deslumbrar por los paisajes olvidaría para siempre el concepto de punto cardinal que hay en la geografía y en la mente. Pero las realidades siempre son más fuertes que cualquier ensoñación y terminan por revelarnos el dolor de las cosas: el abandono hecho visible en una galería que acaso no se concluya jamás, las puertas cerradas que ahora tienen candado y ya no se dejan amarradas con una "guasquita" como en las ausencias de los viejos tiempos (ya se fueron las épocas de puertas de par en par), el deambular sin rumbo de algún adolescente distraído, las calles desiguales y tristes, los rostros de congoja y resignación de muchos hombres y mujeres... En fin, el destino contrariante hecho un nudo que no se deshace. Y el otro nudo: el bombardeo mediático que arrasa con todo. Y entonces, en algún momento de consciencia o lucidez tal vez étnica, aparece el reclamo y la queja, el dolor y la impotencia. Y el preguntarse por las ilusiones. Por eso, en el Sur se habla mucho de occidente.

8. La asamblea y sus silencios

Entre la visita previa a Caquiona y el taller de Radios Indígenas hubo un evento tan importante como misterioso: la asamblea de juzgamiento que habría de realizarse un martes de julio. El sábado 15 llegamos y toda la gente tenía a flor de labios tal situación. Yo sentí cierto pudor para preguntar al respecto, pero de a poco la información fue llegando aun sin ir por ella: tres homicidios habían ocurrido en meses anteriores y estaban por juzgarse. La comunidad se reuniría y definiría las penas teniendo en cuenta las circunstancias específicas de cada caso, los antecedentes de los agresores y las víctimas, así como la edad de éstas, el sitio que ocupaban en la comunidad y sus expectativas de vida.

A nuestro regreso, el viernes siguiente, muchas personas se apostaban en las calles o en la Casa del Cabildo y se respiraba en el pueblo un ambiente tenso. Nosotros nos detuvimos a conversar afuera de la emisora, de frente a los cerros majestuosos y respirando la limpidez del aire frío. Un hombre se detuvo a nuestro lado y saludó con amabilidad quedándose con nosotros por un momento. Dijo que habían sido días muy difíciles y que muchas personas habían pasado de claro en claro. Luego se acercó un joven de pronunciadas facciones indias, pelo largo recogido atrás, ruana y botas pantaneras. Y atizó el tema de la emisora de Caquiona y de los procesos de los pueblos indígenas del Cauca (al día siguiente, en el viaje de regreso a Popayán, nos habló del Saakheelo o ritual a la semillas a celebrarse en poco en Munchique - Los Tigres). Y así se fueron acercando otras personas, unas más elocuentes que otras, para una conversación improvisada y amable sobre estas tierras y su estación radial, pero me llamó la atención lo no dicho sobre la tensión innegable, el silencio protector.

Empezamos tarde el taller que habría de componerse de lúdicas y macrorrelatos, de rompecabezas y tarjetas de colores, de escaleras de los sueños, árboles fundacionales o espirales significantes. Pero la tensión no se iba. Y yo pensaba que detrás de aquellos hombres de ruana y de traje humilde, detrás de su piel cobriza, debía estar palpitando incesante alguna inquietud sin resolver. En aquel taller nos enteramos de otras inquietudes de antes. Un joven habló del profesor Cardamán y su lengua de serpiente

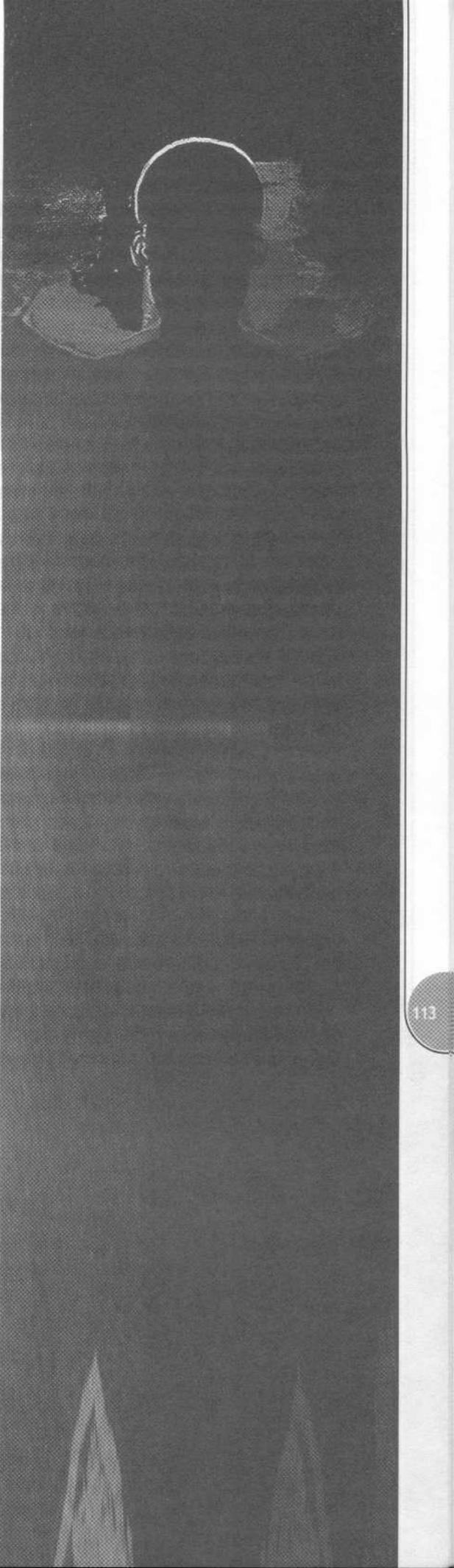


10. Sábado en la tarde

pontificando sin temor sobre lo divino y lo humano, sobre amores y desamores, intrigando "al aire" con los sentimientos como un ave de mal agüero, hasta que el cabildo se reunió y le quitó sin más el espacio en un gesto que contó con la aquiescencia de la comunidad. Otro hombre habló de la "competencia desleal" de las emisoras sin licencia ubicadas en los pueblos de las montañas vecinas porque "copiaban sin permiso los formatos de los programas" o cobraban un menor precio por los servicios. Otros, los más, lamentaban el inconsistente fluido eléctrico que los sacaba del aire por horas y por días y los hacía perder audiencia. Y unánime fue culpar a los teléfonos celulares del descenso en la solicitud de avisos y complacencias porque con esta nueva tecnología la gente prefería decirse las cosas sin mediación radial aunque el encanto no fuera el mismo.

Entonces el día se fue presuroso entre ese escribir y narrar un epitafio propio, dibujar la historia de la emisora, apelar a la memoria identificando aspectos fundamentales de los programas a partir de unos pocos segundos de cabezote o expresar en imágenes y palabras los escenarios de la participación, la comunicación y la cultura. Y antes de la comida nos atacó a mansalva el frío de la cordillera que intentamos apaciguar refugiándonos en el calor de una casa amiga donde un sango de maíz nos esperaba reconfortante.

Al día siguiente, después de recorrer el pueblo y tomar algunas fotos, me animé a preguntarle a Luis Olmos por la asamblea y sus detalles. Me contó que habían asistido más de quinientas personas y que las correcciones (aquí no se habla de condenas) rondaban los veinte años (yo tuve inquietud sobre el derecho constitucional de defensa); me contó que "la mujer corrige y es la más dura, los jóvenes corrigen, el cabildo corrige" y que de todos modos se tiene como referente el código penal colombiano; me contó que hay albaceas y tutores para los corregidos y que si hay gente inmanejable se solicita ayuda a la Fiscalía; me contó que la comunidad conoce los procesos y los aplica y que en ocasiones hay deliberaciones previas para llegar con propuestas concretas a la asamblea. Todo eso me contó. Y más. Pero no, que la tensión era una fuga. Uno de los corregidos se esfumó cual fantasma de los páramos y no hubo ojos yanaconas que lo vieran.



9. Ciudadanos en el dial

Cuando pienso en la radio no puedo evitar recordarme hipnotizado por los sonidos que retumbaban en la cocina de la casa encantada de las afueras de Almaguer o en la finca del abuelo en El Rodeo. Aquel momento era la glorificación de la imaginación, la magnificencia de lo sugerido. Y el devenir de la alegría y del miedo ficcionales, del suspenso prendido de un giro de voz, de un tono o de un silencio. Había magia allí, sin duda (la misma que hoy podríamos reconocer en el cine). Esa cocina y su hollín y sus ecos vivificantes se quedaron en mi memoria para siempre y un día lograron engendrar varias escenas de *Hojas sin nombre*, mi primera novela, para exorcizar los fantasmas lejanos: la familia que va unida al caserío a conocer la cajita de sonidos y no puede con su asombro, el niño que destapa la radio buscando los enanos de voces perfectas, el hechizo de Kalimán y el pequeño Solín, de Arandú y Taolamba en medio del lenguaje y los peligros de la selva (que era real en ese entonces), las noticias que en los atardeceres cotidianos sonaban como fondo de las conversaciones sobre apariciones tenebrosas...

Treinta años después, el firmamento es diferente.

La radio comercial, donde no podíamos ser más que receptores, ya no es la única alternativa en el dial. El espectro se ha llenado de otras voces surgidas en las entrañas de la comunidad o en lo más hondo del sentir indígena y que, sin los recursos de las grandes cadenas, también buscan consolidar un proyecto radiofónico. Al hombre o a la mujer que suenan hoy por la radio los podemos encontrar en cualquier andén, en alguna esquina, atravesando sin afán la plaza principal de un pueblo, tomando una gaseosa en una pequeña tienda de vereda. Incluso a veces los niños ni siquiera les presten atención, más embebidos en el fútbol callejero aunque la pelota se deslice tercamente loma abajo. Pero esa cercanía genera entonces más responsabilidades: garantizar la inclusión que siempre se había negado, abrir espacios para la participación responsable de los diversos estamentos locales, generar diálogos mediáticos que promuevan el respeto y la tolerancia, promover la música autóctona, los grupos artísticos, redescubrir y proyectar la cultura propia en todas sus manifestaciones, informar, recrear, preservar la identidad sin perder de vista el contexto del mundo de hoy.

Esta nueva radio, alternativa de aquella que siempre ha tenido influencias insoslayables del poder y del dinero, tiene ahora su oportunidad de seducirnos, convencernos y representarnos. Y eso no puede lograrse imitando los formatos comerciales ni dejándose deslumbrar por la liviandad estilística y conceptual de sus locutores. Con imaginación y creatividad, y sobre todo con mucha autenticidad, a esa nueva radio le corresponde lograr que seamos, sin temor y sin misterios, verdaderos ciudadanos en el dial.

10. Sábado en la tarde

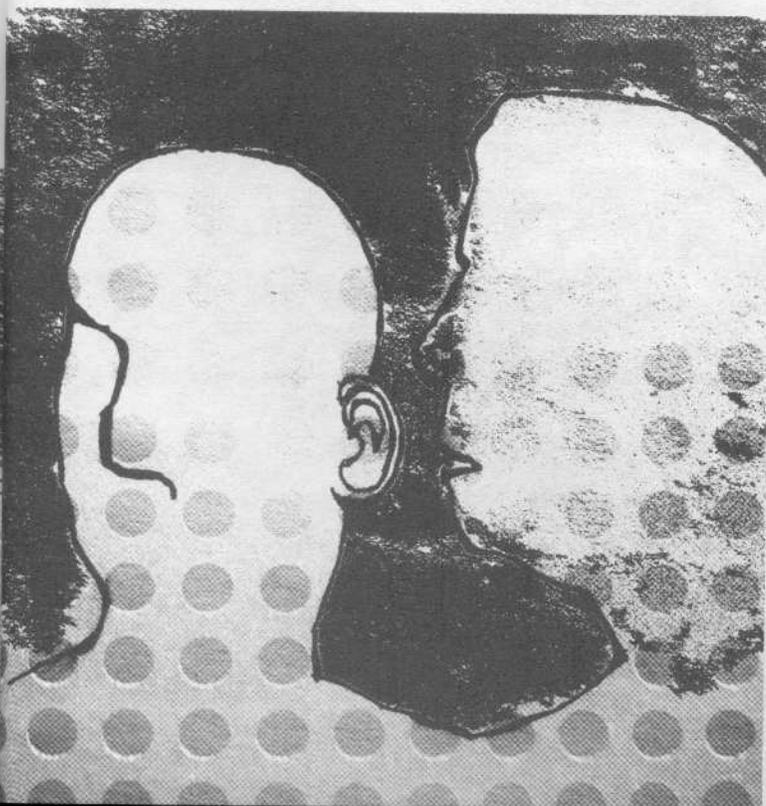
Por la misma ruta por donde llegamos, nos alejamos de Caquiona cuando el atardecer caía sobre los tejados pardos. La semana anterior había sido distinto. La salida la hicimos por la ruta de Almaguer y entonces un arco iris se levantaba deslumbrante en el firmamento como para que no olvidáramos lo que el Sur podía brindarnos. También descubrimos, un poco más abajo del pueblo, una cancha de fútbol en la que el balón se desbordaría inevitable loma abajo, como en las calles de los niños (y el tiempo para recogerla duraría mucho más que el partido), y un paso sin puente donde la crecida del río sería un obstáculo imposible de salvar para cualquier vehículo. Y, como para que no quedara duda de la expansión tecnológica, en todo el trayecto de la carretera no asfaltada vimos izarse en un cerro la antena blanca y naranja de un operador de teléfonos móviles. "El progreso", pensé con dolor y con ironía. También vería una similar más tarde en Almaguer y ese dolor sería más intenso. Y no es que hubiera querido que el pueblo se quedara en los tiempos de la manivela del telefonista y el ruego sin fin por una línea para satisfacer una conversación anhelada o necesaria, sino que estos adelantos parecían opacar hoy el abandono centenario, las desilusiones individuales y colectivas, las bonanzas que iban y venían sin parar, fluctuando en el péndulo de la muerte. También el Sur podía mostrarnos esto. Y mucho más.

El Almaguer de nuestra llegada tenía un ambiente festivo. Acababa de terminar el fútbol entre los equipos de aquí y los de la colonia y en la noche reinaría Dionisio (allí siempre me dieron miedo el baile y el licor pues sin remedio convocaban la violencia). Yo sentí la alegría cierta del regreso -que Isabel Sofía compartió conmigo-, la comunión con estas calles tantas veces recorridas, mientras un viento de verano soplab a veces inclemente y a veces juguetón y me traía el aroma de la infancia. Pero si recordaba la alegría también habría de hacerlo con la tristeza. Por eso fue inútil intentar ahuyentar los fantasmas que me atacaron a mansalva en la plaza que ya no era la de antes y frente a la iglesia reconstruida sin tradición después del último ataque guerrillero. Allí no entré y, más bien, me fui sin rumbo fijo, disfrutando cada paso, cada encuentro, cada saludo al amigo de la escuela o al compadre de mi padre, o atendiendo el formalismo del "buenas tardes" para el coterráneo desconocido, o comprendiendo el paso de los años cuando los jóvenes y los adolescentes que jamás había visto transitaban indiferentes por la acera adoquinada o conducían sin control alguna motocicleta.

Todo eso recordaba del anterior sábado ahora que salía de Caquiona por otra vía. Recordaba también la ilusión del colectivo radiofónico de Wayra Llajta Yanacuna por consolidar su emisora y la insistencia de Luis Olmos por comprometernos en lo personal y en lo institucional para hacer algo por ella. Recordaba a los niños que jugaban pegados al andén por miedo a que una *chiva* los atropellara, como me contaron que le pasó a otro pequeño un sábado en la tarde. Y recordaba el bufido misterioso en la iglesia que -lo vi por un instante, casi como una revelación- surgía de la garganta de un niño travieso encaramado en las torres con un tubo de caña.

Por todo eso que había vivido en la última semana, antes de dormirme arrullado por el sonido del vehículo pensé en escribir una crónica que hablara sobre Caquiona y su emisora indígena, sobre la asamblea de juzgamiento, sobre la lengua a recuperar, sobre las casas de escaleras inverosímiles... Pero también sobre los recuerdos de la infancia, sobre el verde que no fuera de lo ilícito, sobre el regreso al Sur del Cauca, ese Sur que acaso tenga mucho en común con el de Borges, donde "ciego a las culpas, el destino suele ser despiadado con las mínimas distracciones".

En eso pensé insistente, obsesivo, mientras las luces del campero herían sin compasión la noche.



11. El Sur de los ensueños

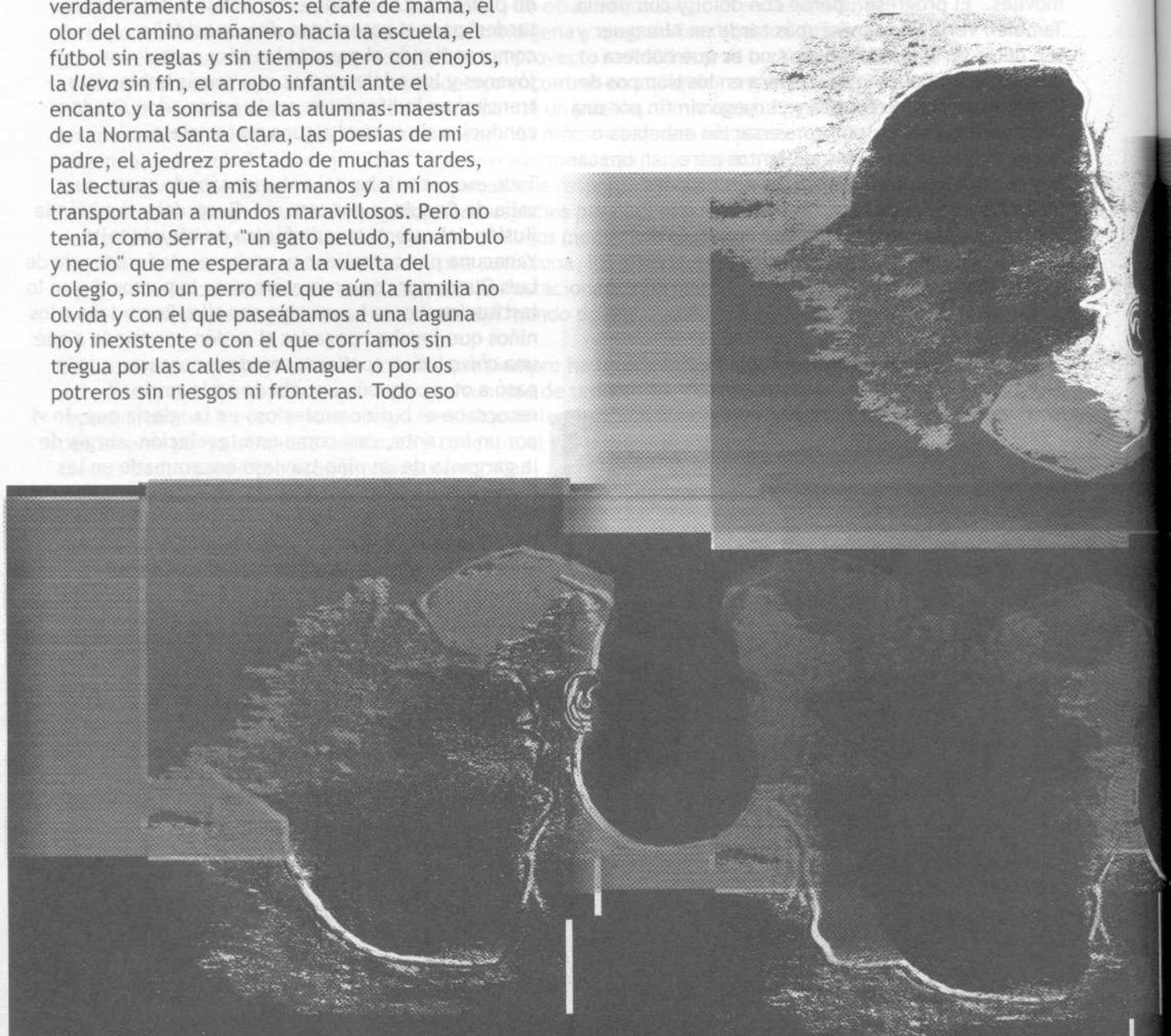
(a manera de epílogo)

Este verano volví al Sur de mis ensueños. Y sentí de nuevo el aire reconfortante del Macizo, el viento travieso que besa y se va, el abrazo cálido del sol de lo frío "que suele quemar más".

Y me extasié con los mil verdes de las montañas, con sus parcelas escaqueadas y con sus caminos pardos por donde siempre han transitado irreverentes los hombres y los fantasmas. Y me hipnotizó en una tarde soleada el arco iris que nacía en las profundidades del páramo y se alzaba en el firmamento como un obsequio deslumbrante. ¿Cómo no descubrir entonces que uno vuelve a nacer en la belleza de estas tierras? ¿Cómo no evocar los días más significativos de la infancia? En medio de aquel paisaje pude recordar sin prevenciones los momentos verdaderamente dichosos: el café de mamá, el olor del camino mañanero hacia la escuela, el fútbol sin reglas y sin tiempos pero con enojos, la *lleva* sin fin, el arrobo infantil ante el encanto y la sonrisa de las alumnas-maestras de la Normal Santa Clara, las poesías de mi padre, el ajedrez prestado de muchas tardes, las lecturas que a mis hermanos y a mí nos transportaban a mundos maravillosos. Pero no tenía, como Serrat, "un gato peludo, funámbulo y necio" que me esperara a la vuelta del colegio, sino un perro fiel que aún la familia no olvida y con el que paseábamos a una laguna hoy inexistente o con el que corríamos sin tregua por las calles de Almaguer o por los potreros sin riesgos ni fronteras. Todo eso

recordé y me abrigó la nostalgia. En aquella época el futuro no sugería nada y lejos estaba de convertirse en el hoy trascendental y agobiante.

Volver a este Sur me hizo pensar en lo que representan los pueblos para quienes, solos o de la mano de nuestros padres, llegamos un día y nos establecimos en la ciudad. Aquí, en el parque, frente a la Catedral o en alguna oficina se escuchan con frecuencia, como un santo y seña ineludible, los nombres con los que suele convocarse al corazón y que están ligados a las vivencias más sentidas: La Vega, Bolívar, San Sebastián, La Sierra, Altamira, Caquiona,



San Miguel, Rosas, El Bordo, Balboa, Mercaderes, Argelia, Almaguer... Y en seguida la pregunta insistente por sus gentes, por quién vive o quién muere, por lo que ahora pasa por allá, por todo aquello que nos enorgullece o nos duele. La curiosidad con la voz hecha un nudo, con el sinsabor de las ausencias y con las ganas de regresar. Aquí estudiamos, y aquí trabajamos, y aquí vivimos, y aquí encontramos un lugar reconfortante desde donde pudieran hacerse realidad las ilusiones, pero nunca viene mal la alegría de un retorno, la necesidad de otra resurrección. Aunque el mundo haya cambiado.

Este verano volvi también al Sur de las realidades. Y me entristeció, entre muchas otras cosas, ver los cerros tutelares de Almaguer restringidos para quienes un día soñamos en ellos y nos deslizamos felices entre árboles y matorrales, para quienes un día elevamos cometas que el escenario de las guerras humanas y tecnológicas. Y aunque me quise quedar (porque no se puede negar que "la tierra llama") yo cerré los ojos y en un instante de lucidez ratifiqué, sin duda, que yo prefiero el Sur de mis ensueños.

